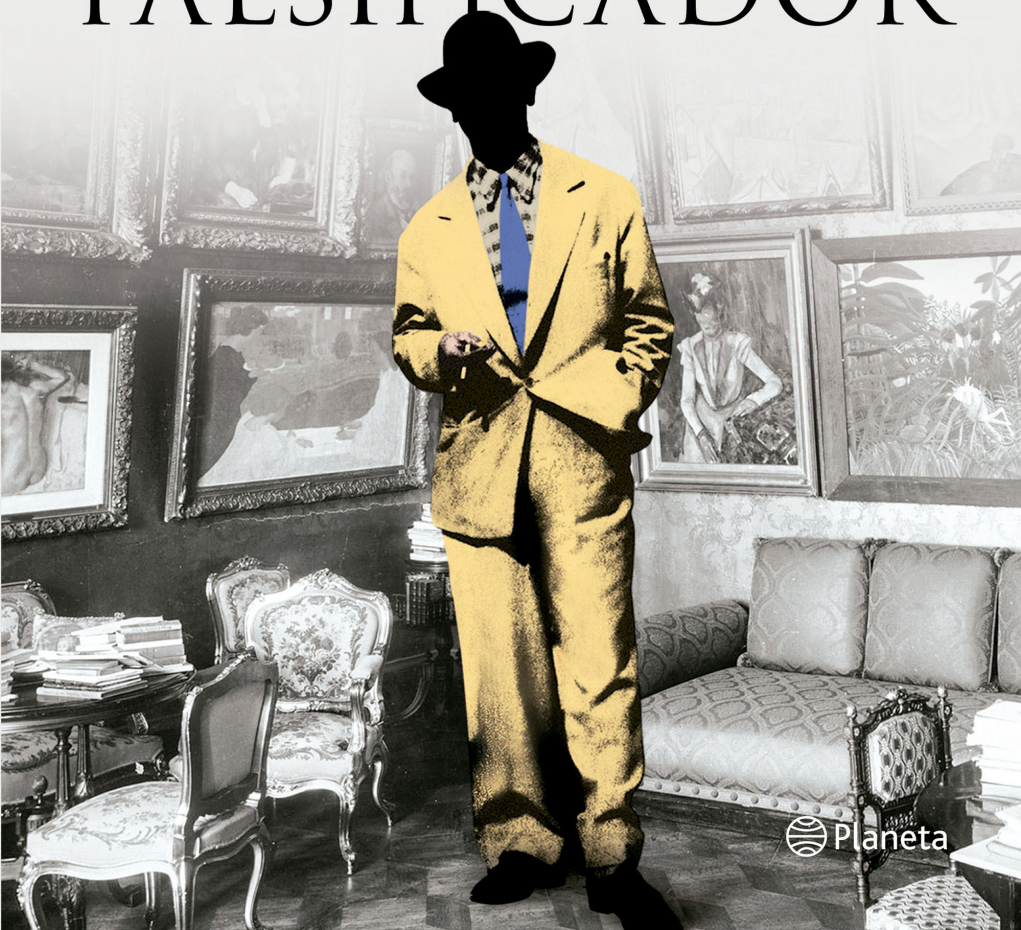


DANIEL SCHÁVELZON

LA HISTORIA DE
KURTH
FALSIFICADOR



Daniel Schávelzon

La historia de Kurth,
falsificador

1



EL INICIO

*La mayoría tomamos las decisiones de repente,
pero nunca son peores que las que toman aquellos
que se detienen a pensarlo.*

THOMAS COOK (2004)

«Llámemme Kurth, Kurth con “h” al final.»

Ese fue el saludo en respuesta a mi lacónico «Buenos días». Esa frase me fue dicha cuando era casi de noche y estaba medio dormido. Lo dijo el enfermo de una cama en un hospital en donde interné de urgencia a un pariente. Casi no lo vi, no era más que el tipo de la otra cama. Sí vi un anciano flaco y alto pero nada me preocupaba menos que saber cómo se llamaba o cómo se escribía su nombre. Fueron dos días y no intercambié una palabra más y, por mucho tiempo, no volví a acordarme de que esa persona existía. Sólo la casualidad me permitió verlo de nuevo un par de años más tarde, en el geriátrico en el que vivía mi familiar: mientras estaba sentado en una mesa, una mano me tocó el hombro y me preguntó cómo estaba mi pariente. Puse la obvia cara de no entender nada aunque era habitual allí que gente

desconocida para mí, pero conocida de mi familia, me preguntara por él. Amablemente le dije que muy bien, que podía verlo en el otro piso, y me di vuelta para ir hacia la salida cuando me dijo, como si yo fuera idiota:

¿No se acuerda de mí? Soy Kurth, Kurth con «h», el compañero de habitación de su pariente [¡como si me lo hubiese dicho el día anterior!].

La frase me sonaba en el cerebro. Me rebotó una y otra vez hasta que lo identifiqué como esa persona que estaba acostada en una cama de hospital hacía dos años. Con enorme agilidad para su edad, se sentó en una silla —no lo invité—, en la nada agradable cafetería del lugar, frente a una mesa de gastada fórmica blanca sin mantel. Me invitó otro café con sabor a algodón rancio, si es que eso tiene algún sabor. Lo inundé con azúcar hasta que pareció un helado caliente, para aunque sea poder darle un primer trago, pero aun así era tan horripilante como el que ya había tomado. Recordé que alguna vez lo había visto hablando solo y, simplemente, lo había creído un poco loco (en realidad tenía un principio de Alzheimer que más tarde se le agravó).

Comenzó entonces una imparable catarata de comentarios sobre el lugar, la política de turno, su vida, sus nietos, el clima y el arte argentino. Yo miraba en derredor buscando cómo huir sin parecer demasiado brusco o sin tener que golpearle la cabeza. Mientras tanto, él recordaba hasta el color del empapelado de esa habitación del hospital en el que

nos habíamos conocido. Finalmente, decidí que la única manera de sacármelo de encima era siendo brusco: me tenía que ir y no tenía tiempo para hablar de nada ni de entretenerlo.irme de golpe estaba mal y sabía que debía hacer un esfuerzo por alguien mayor que estaba en un asilo, pero no fue esa mi idea en ese momento.

Creo que no habían pasado más de diez minutos, sufridos como eternidad ante su español con un leve dejo germánico en alguna palabra, cuando dijo una frase que me paralizó. Es posible que la usara cada vez que encontraba a alguien con quien matar su aburrimiento cuando la persona mostraba signos de intentar huir, como era mi caso:

¡Quién diría que íbamos a coincidir en un lugar de la comunidad judía de Buenos Aires usted, al que le interesan las falsificaciones de arte, y yo, que estuve en las Juventudes Hitlerianas ¡y me dediqué a falsificar arte!

El café no se me cayó de milagro, cosa que no habría lamentado —no había podido avanzar en su deglución—, porque la taza seguía estática sobre la mesa. Debía ser por el peso del azúcar.

«¿Qué?», respondí, sin estar seguro si era un mal chiste, algo de viejo bobo o simplemente tarado —hay quien disfruta molestando porque no tiene nada mejor que hacer— o todo junto. ¿Cómo sabía qué temas me interesaban? Seguramente por mi familia, que habla demasiado. Pero con esa manera en la que a veces hablan los ancianos, incluso sin

interlocutor, me dijo como si no fuese nada y en una frase interminable:

A los 14 años defendí Berlín con un fusil viejo contra los tanques rusos. Seguro que nadie se dio cuenta de que unos infantes estábamos ahí por algo que no sabíamos de qué se trataba. Mi familia murió en la guerra y nunca pude volver a verla. A los 15 me escapé. Y ahora aquí me ve, bisabuelo, viejo, arruinado, en un geriátrico de la colectividad judía y con una familia judía.

No entendí bien lo que me decía; la escala temporal era grande y me hablaba de la época de cuando mis padres eran novios, de 1945. Pero era alguien que había pertenecido nada menos que a las Juventudes Hitlerianas, un nazi de Alemania posiblemente de verdad, y ahora estábamos en la Argentina, en un geriátrico en el que había media docena de personas que llevaban grabados a fuego sus números de los campos de exterminio. Era extraño hasta para un mal chiste. Me seguía pareciendo que rayaba con lo atroz, que se trataba de un viejo enfermo mental, hasta que una voz conocida me dijo: «¡Veo que conociste a Conhache!».

Era mi pariente, que me dio la excusa perfecta para cambiar de tema e irme. Al instante olvidé la escena, aunque algo me quedó en la cabeza: ¿el viejo me había tomado el pelo? ¿Lo que dijo podía ser verdad siquiera en parte? Pero lo complicado del día de trabajo me borró todo en la primera cuadra de tráfico y ruido. Se desdibujaron la mesa de fórmica

blanca, el café azucarado que manchaba la servilleta de papel y la extraña historia no contada.

Pasaron meses sin que volviera a acordarme de él. Ni siquiera le pregunté a mi pariente internado por Conhache, porque sabía cuál sería su escéptica respuesta (que era un mentiroso y un delirante) hasta que un día me lo encontré en la misma mesa del bar de la planta baja. Lo saludé con la cabeza y, mirando para otro lado, emprendí el cruce veloz del pasillo. Sin embargo, esta vez fui yo el que se paró en seco al pensar que quizás él pudiera ser la respuesta a algunas de las preguntas que yo tenía en la cabeza. Me interesaba saber más sobre ese monstruoso genocidio que definió el futuro del mundo por el siglo siguiente. Total, si no era verdad o no se acordaba nada, me iría como llegué. Jamás imaginé lo que Conhache me contaría.

Todos hemos leído, visto en la televisión o en el cine, u oído a nuestros abuelos hablar sobre lo que fue la destrucción de un continente, o de dos, o de tres —a veces nos olvidamos de la guerra en Asia y África— y, más que nada, de los casi sesenta millones de muertos de la Segunda Guerra Mundial, y su historia parecía ser verdadera, real. Él tenía ganas de hablar —cuando la dentadura no se le movía— y la tentación para mí era grande, pese a que sentía que había algo de locura tras su aparente racionalidad (en ese momento, Kurth ya tenía momentos de desconexión, aunque no eran extensos ni graves).

Cuando me contestó, al preguntarle a qué se había dedicado hasta su jubilación —pregunta que suponía inocente—, y me dijo «trabajé toda la vida

falsificando obras de arte y antigüedades», el cerebro me hizo *click*. Lo dijo así, suelto de cuerpo, reconociendo que era un delito aunque no se tratara de asesinatos. Debo haber puesto cara de descreído, así que me aseguró con voz clara:

Fui el mejor falsificador del país. Porque a los demás, a los que se los conoció, fue porque identificaron sus obras y fueron presos o se llenaron de líos, pero a mí no me pasó nada. Yo jamás estuve en los diarios. Nadie se dio cuenta de lo que hice. Y hasta lo digo porque a nadie le importa lo que cuento.

Así fue como desde ese día, y hasta poco antes de su fallecimiento, lo entrevisté sin apuro. Fui grabando y anotando lo que me contaba. A veces interpretando lo que quería decir, tratando de salvar baches y borrones de la memoria. Eso es este libro: meses y más meses —con interrupciones por su enfermedad, con altos y bajos— en los que, pese a sus malas condiciones, intentó terminar de contarme su historia.

Los requisitos que me impuso para hablar fueron que no identificara ciertas obras y artistas porque muchos se sentirían estafados (aunque parezca contradictorio, nunca quiso dañar a nadie, o eso decía). No estoy seguro de que no tuvo conciencia clara de los efectos que produjeron sus actos, o sí lo sabía y se divertía y lo ocultaba, además de ganar dinero. Y, aunque sus delitos ya hubieran prescripto, también sabía que publicar estos datos causaría problemas. Pero no había papeles para sostener o negar

nada: todos los 31 de diciembre tenía por costumbre fetichista quemar su archivo, los ensayos, pruebas, notas, dibujos, cuadros u obras mal hechas, todo; y lo que era de metal, lo vendía como hierro o bronce viejo para fundirlo, nunca lo dejó en la vereda. No guardó recuerdos, ni cartas, ni fotos de su trabajo. Lo que quedó, estaba en manos de terceros.

Me contó que el óleo y la trementina, al quemarse, no sólo producían un olor horrible, al igual que el del papel satinado, sino que ese humo espeso era muy útil para dar ciertos tonos envejecidos y pátinas grasosas a las obras. No se le escapaba nada en sus trucos. Con todo, es lamentable que no haya quedado nada como prueba, ni una carta —sólo hablaba por teléfono, o al menos eso decía—, apenas algún esbozo, algún cuadro hecho por la mitad —que evito publicar— o cosas materiales, más que los muebles y lámparas que pude encontrar y unas fotografías con las que ofrecía sus cosas a la venta; lo demás, tuve que salir a buscarlo. Cuando le mostré obras en museos, en manos de terceros o en catálogos, siempre se negó a decirme si eran suyas o no. Alguna vez, frente a algunas fotografías, vi cómo le brillaban los ojos. Cambiaba de posición en la mesa y agarraba fuerte la taza de café, gestos que indicaban que las reconocía pero no probaban nada. Con un cuadro en un museo apretó tan fuerte la taza de plástico del café que lo derramó y se quemó los dedos. Se enojó y se fue, y el tema se perdió. Era obvio que lo reconocía pero, nuevamente, no había pruebas.